

sitio de la reconciliación definitiva del género humano.

Tengamos fe en nuestra raza de piel morena, de imaginación viva, de capacidad para el dolor y de aptitud innegable para el trabajo de la idea. Tengamos fe en ella y estemos orgullosos de sus perspectivas históricas, y sepamos vivir a la altura de ese linaje excelso y darnos prisa para demostrar que de nuestras manos se espera una obra mejor, la obra mejor.

Y llenémonos del más desbordante júbilo pensando que, siendo nosotros síntesis, nada impedirá que la América realice eso que los otros continentes no pudieron jamás realizar: la unidad suprema en la raza, en la lengua, y en la fe; en las instituciones y en la vida.

Porque América será síntesis de sangres y síntesis de ideales.

Y teniendo fe en nuestra raza, mal haríamos en no tener fe en Centro América. Porque Centro América es el testimonio decisivo en esa esperanza. En Centro América tenemos nosotros el testimonio mejor de esa fe, porque aquí sentimos el calor de su cuerpo, el flujo de su sangre, el sollozo de su dolor y el fuego de su alegría.

Sin reclamar inútiles aplausos, en Centro América esa raza ha librado su batalla silenciosa, y la ha ganado. No fué vencida por la atrocidad del coloniaje, cuando sudaba en las minas. No la despedazó el clima costero ni el desajuste abierto del medio y las instituciones, de la fe de ayer y la fe de hoy, de la realidad y del ideal. No la doblegaron las astucias de los imperialismos rampantes, que buscaban cómo mutilar sus territorios para encajar negre-

rias, ni la hizo aflojar el arma libertadora el grito agrio del filibustero. Ha caído aquí pero se ha levantado más allá, y así ha seguido aproximándose poco a poco a la trinchera que tomará por asalto, a la colina desde donde verá el panorama de toda la América.

Gentes nuestras animosas, sufridas, vitales, allí están desde el Suchiate hasta el Sixaola labrando su civilización y su cultura. Para empujar su marcha allí se verá a la mujer nuestra, fecunda y maternal, llenando con prontitud afanosa los vacíos de la muerte, de la revolución fratricida, de la fiebre, del terremoto, de la desnudez y el hambre; y se verá al hombre nuestro —ese al que no ha arruinado ni descastado una falsa cultura libresca y un apetito afinado en la ociosidad— labrando su tierra en el silencio de los campos y transformando riqueza en el colmenar de los talleres.

Tengamos fe en América, en la raza de América, y en los Precursores de América, entre los cuales, el más alto, el Libertador, nos dió la consigna de unirnos; y en cuanto a la parcela nuestra y propia, este Istmo de Promisión, sepámosle llenar con abra efectiva y fe indomable desde las soledades del Petén hasta el regocijo edénico de Talamanca; en las alturas de Quezaltenango y en las llanuras de Olancho; entre el vergel de Santa Ana y San Miguel y el encendido convite de las Segovias.

Toda ella, nuestra nación en marcha, que va a venir porque si en verdad Dios, por la mano del dolor y el error dispersa a los hombres. El mismo sabe colocarlos en los grandes caminos que convergen hacia las puertas de su Jerusalem.

N. VIERA ALTAMIRANO.

## El hombre vestido de mujer

Por Pedro BEROES

(En *El Nacional* de Caracas. Noviembre 4 de 1948).

Estos últimos días prendió la mecha del buen humor de nuestra pacífica gente la vera efígie aparecida en los diarios de un original ciudadano que, aburrido de llevar pantalones durante toda su vida, decidió, para divertirse un poco, ponerse por breves horas ropas propias de mujer.

Nada de pecaminoso tenía —al menos en apariencia— el ingenuo ardid a que apeló el ciudadano de marras para divertirse con algo de ensañamiento a costa de sí mismo. Sólo quería ir a la Plaza Bolívar, alquilar una de esas durísimas e incómodas sillas que sirven de comprometedor cura al ocio de los domingos caraqueños, sentarse a la sombra de los viejos y frondosos árboles y oír la monótona retreta, acaso con la vana ilusión de sentirse otra persona distinta de la que es en realidad.

Pero, visto está, el hombre propone y el destino dispone. Apenas salió a la calle estrenando su nueva personalidad, dos agentes de investigación descubrieron la burda superchería, le acharon el guante al ciudadano y lo condujeron de inmediato a la presencia de la más cercana autoridad de policía.

Así terminó, entre rejas y entre risas, la fugaz aventura de ese hombre aburrido que quiso curarse de fastidio vistiéndose de mujer en época ciertamente distante todavía del carnal.

El suceso en cuestión, no obstante sus acusados ribetes de travesura inspirada por el jovial y rubicundo Baco, pone de relieve —al menos en cierta manera— un hecho característico de nuestro tiempo: la creciente inconformidad de los hombres y de las mujeres con su condición humana.

Parece que, en virtud del tiempo y de las adversas circunstancias, las mujeres se han ido masculinizando y los hombres afeminándose de manera más o menos inconsciente.

Este extraordinario fenómeno puede apreciarse no sólo a través de las modas, sino, incluso, de la propia actividad productiva. Las mujeres, descontentas de su suerte, no siempre muy justa, invadieron un día las oficinas, las fábricas y las profesiones liberales, llegando a desplazar a los hombres de muchas de sus actividades tradicionales, bien porque ganaban menores salarios que ellos, bien porque de veras poseían aptitud y capacidades para el trabajo. La ofensiva de la mujer al compás de la actividad productiva hasta entonces propia del hombre se hizo acompañar de cambios visibles en la moda: se cortaron el pelo, vistieron la falda corta y hasta se pusieron camisas de apariencia masculina con el aditamento de la corbata. Mucho más recientemente comenzaron, como por juego, a usar pantalones en las playas y en sus casas, y al paso que van las cosas, ya

Una suscripción al **Rep. Americano** la consigue Ud. con

**Matilde Martínez Márquez**

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados N° 60

Apartado N° 2007

Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

no es de dudar que los usen para salir de compras o para ir a la oficina a trabajar.

Correlativamente a este extraordinario fenómeno de las mujeres con pantalones, día por día aumenta el número de hombres que prefieren las sedentarias y poco violentas actividades más consonas con el espíritu de la mujer.

La inconformidad del hombre y de la mujer con su condición humana parece ser algo característico de nuestro tiempo. Al menos, desde que se pusieron en boga las teorías del psicoanálisis, nada resulta más fácil ni más cómodo que dar libre salida a esos brotes de dudosa rebeldía sepultados en lo más profundo del subconsciente.

Estos extraños fenómenos demuestran la existencia de una crisis profunda de la personalidad que no es sino el reflejo del estado de descomposición social a que la humanidad ha llegado después de dos guerras monstruosas con sus secuelas económicas y de inversión de todos los valores del espíritu. Y, en todo caso, la recuperación plena de la personalidad humana sólo puede producirse como consecuencia de la implantación de un orden social más justo que el actual y con el advenimiento de una moral más sólida que permita al hombre y a la mujer la consolidación de su destino sin detrimento alguno de su condición humana. En un mundo más justo y mejor organizado, con oportunidades iguales y con idénticos derechos, la perfecta equivalencia humana del hombre y la mujer como entes sociales será un hecho cumplido. Dentro de ese nuevo orden de justicia ya no tendrá razón de ser ese tan terrible y peligroso confusiónismo: el hombre será hombre completo y la mujer será mujer liberada, pero con todos los atractivos y las esencias de su espíritu y de su sexo.

Si le interesa el

**Repertorio Americano**  
pídale la suscripción a

**The American News  
Company, Inc.**

131 Varick Street  
New York 13, N. Y., U. S. A.

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscripción al

**Repertorio Americano:**

**The Moore-Cottrell  
Subscription Agencies**

Incorporated  
North Cohocton, New York